

¿Qué ocurrió después? En palabras de Walter Benjamin, «el nombre cayó en la arbitrariedad del signo»<sup>30</sup>. En ese momento, el hombre olvidó las palabras verdaderas: los nombres se extraviaron, y permanecen escondidos en lo profundo de la naturaleza:

En el océano del vacío  
hay nombres, nombres, nombres.  
En el océano de lo perdido,  
hay nombres.  
¿Quién responde  
a este chorro de alma  
que los llama? Un oleaje  
de nombres, nombres, nombres.  
¿Qué los separa de la grande muerte  
en brazos ya de lo que fueron?<sup>31</sup>

El corazón del poeta intuye la presencia de los nombres primigenios, pero no puede comunicarse con ellos como la muchacha o la niña. No posee pájaros en la garganta: intenta hacerlos nacer en el poema. Conoce, antes que nada, la tristeza de la palabra, el rastro de la muerte. Y su llamado no se traduce en una comunicación constante, en un ir y venir de sonidos y placeres: el poeta emite una voz que queda a la espera, que presiente la plena existencia del mundo pero no es capaz de adentrarse en ella. Los nombres, sin embargo, no han muerto: un rastro misterioso los separa de la desaparición, pues viven en un pasado secreto que coexiste con nuestro presente. Quizá todavía hablan, y el poeta se pregunta a dónde van a parar esas señales ahora incomprensibles:

El aire, la roca, el péndulo, la  
claridad de la noche  
dan noticias del mundo que  
nadie sabe leer. ¿Son ellas  
para ellas, no más?<sup>32</sup>

---

<sup>30</sup> Walter Benjamin: «Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres», p. 101.

<sup>31</sup> Juan Gelman: «Océanos» en *Mundar*, p. 42.

<sup>32</sup> Juan Gelman: «Amparos» en *Mundar*, p. 65.

El fantasma de la incomunicación no abandona el libro, y sin embargo la pregunta abierta parece arrojar un rastro de esperanza. La paradoja es total: en ella vive el poema. ¿Cuáles son esas noticias del mundo ilegibles para el ser humano? La maravilla pervive, aunque es para nosotros indescifrable. Quizá la expulsión del paraíso se refleje precisamente en la incapacidad para comprender el porqué de la belleza.

El mundo no ha sido desprovisto de su poder cautivador porque se mantiene en él la posibilidad de amar. Es muy significativa, en este sentido, la gran cantidad de poemas de amor –de amor claro, añadiría– que hay en *Mundar*. Poemas que expresan una felicidad compleja, que dan, de un modo enigmático, gracias a la vida, a pesar de los sufrimientos. Así, la poesía se convierte en un lugar privilegiado para el desgarró y la reconciliación, la oscuridad y el alba. Todo ello con una constante inclinación al silencio. Veamos, si no, el elocuente final del poema «Callar», que Gelman dedica a su esposa, Mara:

El manantial de vos  
cae como vino en la copa  
y el mundo calla sus desastres.  
Gracias, mundo, por no ser más que mundo  
y ninguna otra cosa.<sup>33</sup>

A la famosa exhortación del Rey Lear, «¿Es el hombre sólo esto?»<sup>34</sup>, Gelman responde: sí, pero quizá no es lo que parece. Su voz callada deja entrever una realidad que acoge. La amada es un río que se desliza como el vino en el interior de una copa. La imagen recuerda al *Cantar de los cantares*, un texto enigmático en el que los amantes ven sus rostros en la naturaleza. En su inicio se lee: «tu nombre es aceite derramado»<sup>35</sup>. Un perfume inasible pero que todo lo inunda con su olor. No un diamante que brilla bien guardado en un rincón, sino esa maravilla que no puede recogerse, que se ha echado a perder en la caída, y regala su fragancia. El

---

<sup>33</sup> Juan Gelman: *Mundar*, p. 113.

<sup>34</sup> William Shakespeare: *El rey Lear*, Barcelona, DVD, 2001, p. 134.

<sup>35</sup> *Cántico*, 1:3.

mundo, con su voz callada, parece operar el mismo prodigio que el amor: lo hace de forma sigilosa, derramándose, ignorante de sí mismo, como una débil señal de alarma para los paseantes.

La utopía, pues, parece hecha a la medida del hombre. La búsqueda empieza y termina en la tierra. Aquí está el infierno, construido y mantenido por los hombres generación tras generación. Sólo hay dos maneras, nos dice Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*, de no padecer el infierno que nos rodea:

La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es arriesgada y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.<sup>36</sup>

Nadar hasta una balsa de lucidez y valentía, intentar reconciliarse con una realidad tan magullada, entristecida, desalmada. Devolverle la mirada, otorgarle la posibilidad de hablar desde su silencio, y alzarse así con la última recompensa: habitar un paraíso fugitivo, reflejado en los charcos de lluvia como un frágil Arco Iris, con la misma rapidez, la misma fuerza.

Franz Kafka, en uno de sus aforismos, expresa también su visión acerca de lo que supuso la expulsión del Paraíso:

La expulsión del Paraíso debe ser, según su significado principal, eterna. En consecuencia, la expulsión del Paraíso es final, y la vida en este mundo inapelable, pero la naturaleza eterna del evento (o, para expresarlo en términos de temporalidad, la repetición eterna del evento), hace posible que no sólo podamos estar viviendo continuamente en el Paraíso, sino que en la práctica estemos en él permanentemente, sin que tenga la menor importancia el hecho de que sepamos o no que nos encontramos en el Paraíso.

Vivimos en pecado no sólo porque comimos del Árbol del Conocimiento, sino porque aún no hemos comido del Árbol de la Vida. El estado en que nos encontramos es de pecado, más allá de que seamos o no seamos culpables.

---

<sup>36</sup> Italo Calvino: *Las ciudades invisibles*, Madrid, Siruela, 1994, p. 171.

Estábamos destinados a vivir en el Paraíso, y el Paraíso estaba hecho para nosotros. Nuestro destino fue alterado; pero no podemos estar seguros de que lo mismo haya ocurrido con el destino del Paraíso.

Y si bien fuimos expulsados del Paraíso, el Paraíso no fue destruido. De algún modo, nuestra expulsión del Paraíso fue un golpe de suerte, porque en caso de que nosotros no hubiéramos sido expulsados, se debería haber destruido al Paraíso.<sup>37</sup>

Kafka da otra vuelta de tuerca. No cree, como Borges, que la raíz del mal sea el olvido de que seguimos habitando el Paraíso. Para él se trata de un hecho irrelevante. No asegura que todavía estemos en el Paraíso, aunque se trate de una posibilidad perfectamente concebible. De su texto pueden extraerse sólo dos verdades: la expulsión es eterna; el Paraíso no ha sido destruido, sigamos o no en él. Con esta mezcla de escepticismo y esperanza, Kafka refuerza la idea, ya expresada en «La rosa de Paracelso», de que la destrucción total, en el Paraíso y en nuestro mundo, es imposible. La expulsión, paradójicamente, permitió la continuidad del Paraíso. Era un jardín hecho a la medida del hombre, y continúa siéndolo. La naturaleza quizá guarda, por tanto, la impronta de su historia de amor con el ser humano: ambos conformaban una unidad que el azar del destino – el pecado original – quebró. Pero, como bien señala Kafka, la temporalidad exige una repetición eterna del castigo: en cada instante somos exiliados del mundo, y al mismo tiempo entrevemos su murmullo constante. Las hojas del árbol, como las palabras, se abren cuando llega el amor: gesto que recuerda que el Paraíso todavía existe, que aunque la expulsión es eterna no todo en este mundo es trágico. Juan Gelman, poeta siempre en el exilio, *munda* en busca de esa plenitud de lo incompleto. Pues incompleta es la belleza, como lo son el amor y las palabras, pero ahí reside también su gracia. Su decir querría ser más corto que el de un niño de pecho («que aún baña la lengua en la leche de su madre»): ¿pues cuál es el destino de las palabras, sino el ser bañadas en el agua tibia, esperar a que se abran como flores y derramen su gusto en el jardín que compartimos?

---

<sup>37</sup> Franz Kafka: *Aforismos, visiones y sueños*, Madrid, Valdemar, 1998, p. 24-25.

Gelman confiere este privilegio al rostro del amor al final de un poema que no es sino asombro, «No ser sabe»:

(...)/oh, bella  
siempre nueva  
entre animales del dolor/  
entreabrís las palabras  
para ver qué callaron.<sup>38</sup>

Las palabras callan memoria y porvenir. El poeta las palpa, las escucha: sus ojos las guardan con cuidado. Y es en este mirar donde surge lo no dicho: donde una lengua titubeante, envuelta entre la niebla, canta a la belleza esperando que así aflore algo de lo que ella esconde. El paraíso no es ya un lugar remoto, ni una promesa inexistente, sino la puerta siempre a la vista de un jardín encantado, ciertamente perdido, pero no por ello menos verdadero.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio, *Enfance et histoire*, traducido del italiano por Yves Hersant, Paris, Petite Bibliothèque Payot, 1989.
- Benjamin, Walter, «Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres» en *Ensayos escogidos*, traducido del alemán por H. A. Murena, Buenos Aires, Sur, 1967, pp. 89-103.
- Borges, Jorge Luis, «La rosa de Paracelso» en *Obras completas*, tomo III, Barcelona, Emecé, 1996, pp. 387-390.
- Calvino, Italo, *Las ciudades invisibles*, traducido del italiano por Aurora Bernárdez, Madrid, Siruela, 1994.
- Cortázar, Julio, «Contra las telarañas de la costumbre» en *J. Gelman, de palabra*, Madrid, Visor, 1994, pp. 5-8.
- Gelman, Juan, *Mundar*, Madrid, Visor, 2007.
- , *País que fue será*, Madrid, Visor, 2004.
- , *Salarios del impío y otros poemas*, Madrid, Visor, 1998.

---

<sup>38</sup> Juan Gelman: *Mundar*, p. 123.

- Giraldi-dei Cas, Norah, «Claves del paraíso perdido. La utopía de Juan Gelman» en N. Giraldi-dei Cas y M. Guillemont (coord.), *Juan Gelman: écriture, mémoire et politique*, Paris, Indigo, 2006, pp. 119-138.
- Kafka, Franz, *Aforismos, visiones y sueños*, selección y traducción del alemán de José Rafael Hernández Arias, Madrid, Valdemar, 1998.
- Kintto, Lucas, «Poesía es una realidad que puede golpear o acariciar: entrevista a Juan Gelman» en *Servicio informativo latinoamericano*, 37, Quito, marzo de 2001.
- Semilla Durán, María A., «Las señales del pájaro constante: *Incompletamente*, de Juan Gelman» en N. Giraldi-dei Cas y M. Guillemont (coord.), *Juan Gelman: écriture, mémoire et politique*, Paris, Indigo, 2006, pp. 81-95.
- Shakespeare, William, *El rey Lear*, traducido del inglés por Enrique Moreno, Barcelona, DVD, 2001.
- Zambrano, María, *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990.

